

Por el camino del Boquerón: recuerdo de ayer

Prólogo a cargo de Flora Ovares

La magia de la escritura

En algún punto de nuestro camino todos sentimos la necesidad de dejar memoria de lo vivido. Estas páginas guardan algunos de los recuerdos de alguien que nació en Atenas hace 88 años, y que vivió grandes cambios sociales sin perder el vínculo con aquel pueblo campesino y aquellos años lejanos. Hablan, también, de los hechos extraños, especie de trama secreta que se deja ver de cuando en cuando a lo largo del tiempo. Y de la afición por el fútbol, alrededor de la cual se anudan remembranzas que se heredan a los nietos.

José Fabio Ovares

Nació en Atenas, el 16 de marzo de 1921, hijo de Santiago Ovares Arias y Nelly Jenkins Rojas. Estudió en el Liceo de Costa Rica y se graduó como farmacéutico en la Universidad de Costa Rica. Casó con Flora Ramírez Rojas con quien tiene cinco hijos, catorce nietos y cuatro bisnietos. Actualmente, habita en El Rodeo de Mora.

Mi padre empezó a escribir estos breves recuerdos hace unos dos años, en un momento difícil de su vida. En el proceso, tomó conciencia de su capacidad de expresión, del manejo aprendido a lo largo de los años y de la lectura de la lengua materna; apreció con orgullo el sello único de las experiencias vividas y entendió que sus palabras constituían un legado propio e insustituible.

*De esa manera, la magia de la escritura le permitió superar la situación adversa en la que se encontraba, al punto que, poco después, escribió un librito, el cual vio la luz hace unas pocas semanas y que tituló **Desde una fotografía**, donde, también, recoge memorias de la infancia.*

El entierro de don Nicolás Orlich

El camino de Río Grande

En 1926, cuando tiene lugar esta historia, la comunicación de San Ramón con San José pasaba por Palmares y Atenas y llegaba a la estación de Río Grande de Atenas, en el distrito de Concepción, a cinco kilómetros del centro de la ciudad y donde se tomaba el tren. Por los horarios de los trenes, que salían de la capital



Botica de Jorge Ovaes, en Atenas.

y de Puntarenas a las 8 de la mañana, era imposible ir y regresar en el mismo día. Entre Atenas y San Ramón había aproximadamente 25 kilómetros por los caminos de entonces, unas cuatro horas a caballo.

Para ir de Atenas a Río Grande se seguía el camino del Boquerón, paraje situado hacia el sureste del pueblo. El antiguo camino de Boquerón partía de la Calle del Portillo, cien metros al sur del Puente de las Rojas, pasando por donde actualmente está el colegio y siguiendo por la Cuesta Colorada y la casa de Ña Juana Chinga. Había una calle que

bajaba el cañón del río por un camino muy peligroso hasta llegar al actual puente de la Garita y de ahí hasta Alajuela y San José.

Era un camino espantoso y empinado; sin embargo, por ahí trajeron, en cureñas, las columnas y toda la armazón del templo parroquial de Atenas, que habían sido encargadas en el extranjero, en Bélgica si no me equivoco. Había que movilizarse por la llamada cuesta de Boquerón, que era estrechísima. Tanto que cuando intentaron pasar por ahí las cureñas con las columnas de la iglesia, no lo lograron y tuvieron que bajarlas y amarrarlas directamente a los bueyes, deslizándolas sobre troncos.

La comitiva de Nicolás Orlich

Por ese camino de Boquerón, ingresó la comitiva que trasladaba el féretro de don Nicolás Orlich. Venía en tren desde San José hasta Río Grande y desde ahí lo transportaban en hombros hasta Atenas, de donde debían continuar con premura hasta San Ramón, para sepultarlo en su pueblo natal.

El cortejo aprovechó el paso por Atenas para llevarlo a la casa de su suegro, mi tío abuelo José Jenkins Rodríguez, porque don Nicolás, aunque nativo como dije de San Ramón, había casado en Atenas con una pariente mía, Aurelia Jenkins Zamora, prima hermana de mi madre¹.

Yo tenía cinco años y estaba jugando en la plaza, en el mismo lugar donde años después tendría lugar la épica pelea entre Marcos Ramírez y Toño Cabezas, "Empolvao". Enfrente estaba la botica de tío José, donde casi nunca me atrevía a entrar, impresionado por el olor del lugar y por la figura delgada del tío, de barba blanca y siempre silbando entre dientes. De repente, vi a un grupo de personas que llevaba el ataúd a la casa de tío José, que quedaba en el mismo edificio de la botica, y entré con todos a la sala. Los asistentes rezaron brevemente algunas oraciones mientras los acompañantes tomaban un refrigerio.

A continuación, un grupo de atenienses, entre los que se encontraba mi padre, Santiago Ovaes Arias (*Chalo*), siguió la marcha hacia San Ramón, bajo el sol de mediodía, por los caminos embarralados. Debían caminar aproximadamente 25 kilómetros para llegar antes del anochecer. Lo cargaban por turnos de modo que tuvieron que hacer numerosos relevos, mientras los que descansaban viajaban a caballo llevando de riestra² las bestias de sus compañeros.

Cinco o seis horas después llegaron a San Ramón. A la entrada del pueblo estaban los ramonenses, limpios y bien vestidos, para sustituirlos en el transporte del ataúd. Por supuesto que los atenienses, con los hombros en carne viva y sangrando, no aceptaron el relevo.

Un episodio ignorado del Bellavistazo

El personaje de esta historia es *Chalo* Ovaes, mi padre. Y, de cierto modo, a mí me tocó participar también. Eran las elecciones de 1932, siendo Presidente Cleto González Víquez. Participaban los partidos Republicano Nacional, cuyo candidato era don Ricardo Jiménez, el Republicano, con el licenciado Carlos María Jiménez, el Unión Republicana, con el licenciado Manuel Castro Quesada, y el Partido Nacionalista, con Max Koberg Bolandi³. Papá era candidato a diputado suplente en el primer lugar por Alajuela, por el Republicano Nacional. La lista la encabezaba el licenciado León Cortés Castro; don León fue escogido Ministro de Fomento, por lo que no asumió el cargo y papá fue así nombrado propietario de la curul.

Por aquellos días de febrero de 1932 (yo iba a cumplir once años) me llamó papá y me dijo:

- ¿Usted sabe llegar a Barrio Los Ángeles?
- Sí, claro, papá, le contesté.
- ¿Conoce una callejuela que sale de tal y cual punto? Sí, señor, respondí.
- Pues tome al Cholo y al Bayo, que ya están ensillados en el galerón, lléveselos y espéreme ahí, en la callejuela.

Y me mandó a una calle sin salida que se sitúa un poco más allá de donde hoy está el Monumento al Boyero. Me fui con un caballo de riestra y esperé a papá en el lugar convenido. Al rato, llegó con un acompañante. Venían caminando entre potreros para que nadie los viera. Les di los caballos y me devolví a pie.

¿Por qué tanto misterio? ¿Para dónde iban tan escondidos? Según supe más tarde, se dirigían a San José a avisar de un posible golpe militar contra el gobierno de don Cleto, del que se habían tenido noticias en Atenas. Aparentemente, su gestión no tuvo eco.

Pero lo que sí es cierto es que, poco después de las elecciones, tuvo lugar el llamado Bellavistazo. Como se recordará, en la justa electoral de 1932 ninguno de los cuatro candidatos obtuvo la mayoría absoluta, aunque don Ricardo recibió el mayor número de votos. Ante esa situación, el 15 de febrero, Manuel Castro Quesada, con algunos compañeros, se adueñó del cuartel Bella Vista. La asonada no tuvo éxito y los rebeldes capitularon poco después⁴.

Así que tal vez papá tenía noticias de lo que iba a suceder. Y no le hicieron caso. Lo recuerdo quejándose: ¡Se los dije! ¡No me quisieron oír!

Por cierto, que papá conocía a Amadeo Vargas, a cuyo cargo estaba el cuartel Bellavista. Vargas era casado con una ateniense, una señora de apellidos Bello Chaves. Había estado al mando de uno de los grupos que participaron en la guerra de Coto. En Atenas contaban que la lancha en la que viajaba fue víctima de una emboscada y tuvo que salir de aquellas montañas tan insalubres y peligrosas a pie⁵.

Como recordarán, la situación electoral de 1932 se resolvió cuando,



Escuela de Atenas.

en mayo de ese año, el Congreso Constitucional eligió a don Ricardo para que asumiera la Presidencia como Primer Designado.

Antes de eso, los diputados electos fueron convocados al Hotel Costa Rica en donde estuvieron "recluidos" durante varios días. Cuando le pregunté a papá por qué los tenían encerrados, él me contestó: "Para que no nos vendiéramos".

Chalo Ovaes no se hubiera vendido. Era muy correcto en esas cosas. Varios de los "recluidos" firmaban vales por licor, lo que disgustó a papá. Por eso pidió la cuenta: no había firmado ningún vale y se hizo cargo de sus propios gastos.

Curiosas historias verídicas

El retrato

El primer cuento se refiere a mister Paul Gaynar, un norteamericano residente en Nueva York, cuya compañía atendía los pedidos del almacén Uribe y Pagés.

Este señor había hecho amistad epistolar con Raúl Sequeira, subgerente de ese almacén y quien estaba casado con mi tía Dora Jenkins, hermana de mamá. Ellas eran nietas de John Jenkins, inglés radicado en Costa Rica a mediados del siglo XIX.

En 1938, Raúl y Dora viajaron a Nueva York y mister Gaynar quiso aprovechar la ocasión para agasajarlos. Así que los invitó a su casa. Mientras esperaban a su anfitrión en la sala, Raúl y Dora se sintieron atraídos por el retrato de una señora que colgaba en una de las paredes.

– ¿No se te parece mucho a mi prima Angelina Jenkins? –preguntó Dora.

– Pues sí, tenés razón –dijo su marido–.

Minutos después llegó mister Gaynar y al verlos frente al retrato observó:

– Veo que les llama la atención el retrato de mi madre.

– Sí, nos sorprende el parecido que tiene con una pariente de mi señora, explicó Raúl.

– Bueno, si su prima fuera de apellido Jenkins y viniera de Inglaterra, seríamos parientes.

Lo cierto es que mister Gaynar se fue a Inglaterra, al terminar la guerra y visitó el pueblo de origen de su madre. Ahí descubrió que esa rama de los Jenkins casi había desaparecido en ese lugar. Solo quedaban dos mujeres, sin hijos, Hilda y Mary, una de ellas ya ciega.

Posteriormente, visitó Costa Rica y fue a Atenas a ver a sus primos. Hizo numerosas amistades aquí, al punto que, cuando se iba, mucha gente fue a despedirlo al aeropuerto de La Sabana. Recuerdo que se emocionó mucho y comentó: "Cuando salí de Nueva York, donde he vivido cuarenta años, nadie se despidió de mí. Y aquí, donde he pasado sólo quince días, han venido a despedirme cuarenta personas".

Julio en Nueva Jersey

Mi tío Julio Ovaes⁶ tuvo que hacer un viaje a Estados Unidos y se fue con un encargo curioso. Día antes de su partida, una señora llegó al consultorio y le dijo:



Federico *Patachinga* (Vargas). Tomada por Jorge Ovaes.

–Doctor, usted sabe que mi marido, Ramón Madrigal, nos dejó hace muchos años. Él se fue a buscar trabajo a los Estados Unidos y, al principio, me escribía. Pero desde hace tiempos no sabemos nada de él. La última noticia fue que vivía en Newark, en Nueva Jersey, y que trabajaba en una fábrica de calzado. Como usted va para allá, quería pedirle que, si lo viera –aunque no sabemos si está vivo–, le diga que su hija mayor se va a casar el mes que viene.

Julio recordó que, antes de partir, ese mismo señor, paciente suyo, le había rogado que ayudara a su esposa en cualquier necesidad. Así que no quiso desilusionar a la señora y le prometió hacer lo que estuviera a su alcance.

Una vez en Estados Unidos, como había terminado ya sus diligencias, decidió dar un paseo por la localidad de Newark. En una gasolinera, a solicitud de Julio, su acompañante detuvo a un transeúnte para preguntarle si había alguna fábrica de calzado cerca, aunque ya sabían que había muchas por ahí.

Julio se había alejado un poco para estirar las piernas y curiosear mientras los otros conversaban en inglés. De pronto, se volteó y se quedó mirando fijamente al señor, cuyo rostro le había parecido conocido. Siguiendo un impulso le preguntó:

¿Ramón Madrigal?

El otro sorprendido, se volvió y le dijo en español:

–Sí, ¿qué desea?

–Tengo un mensaje para usted– contestó Julio.

El cinquito

Definitivamente, donde estaba Julio Ovares siempre sucedía algo. Esa mañana, se encontraba pasando visita en el San Juan de Dios. Como le gustaba hablar con los pacientes y averiguar de cuál familia venían y cosas así, le preguntó su domicilio a uno de ellos.

El señor contestó que vivía en Calle Blancos. Julio le dijo que tenía allí un conocido, que se llamaba José Fallas, un niño que hacía muchos años él había tratado durante varios meses en el Hospital. “Ese chiquito me dio un cinco como pago y muestra de agradecimiento, una monedita que un pariente le había regalado a él esa mañana”, explicó Julio. “Y vea, todavía tengo ese cinco. Siempre lo llevo conmigo”, agregó.

Sin embargo, el señor no recordaba a nadie con ese nombre en su barrio. En eso, otro paciente que estaba en la cama de la par le dijo: “Doctor, es cierto lo que usted dice pero se equivocó en una cosa: el niño se llamaba José Blanco y vivía en Calle Fallas”.

“¿Y usted cómo sabe?, dijo Julio”. “Porque yo soy aquel chiquito”, contestó él.

Chime Rojas⁷

Moncho Arroyo y yo estábamos conversando una tarde con el doctor Rodrigo Saborío Etienne, en su oficina. Recordábamos aquella vez cuando varios alumnos del Instituto de Alajuela se habían ido a robar piñas en El Cacao. Como testimonio de su travesura, se había tomado una foto con el producto de su fechoría. Y a todos los habían castigado en el Instituto, menos a Fernando Jenkins,



Las luvas.

porque como era tan bueno y calladito, al momento de confesar su travesura, se olvidaron de citarlo.

Empezamos a repasar los nombres de los otros ladrones de piña, entre ellos los mismos Rodrigo y *Moncho*, hasta que la conversación recayó en *Chime* Rojas. Entonces, Rodrigo mencionó que lo había visto, que lo había encontrado muy desmejorado y que incluso tenía dificultades para hablar.

En eso, suena el teléfono. Rodrigo alza el auricular, saluda y nos vuelve a ver: -Es Chime Rojas- nos dice.

Ovación en el Estadio

El 16 de julio de 1989, Costa Rica jugaba el partido decisivo ante El Salvador. Para clasificar al Campeonato Mundial Italia 90, la tricolor estaba obligada a ganar ese juego.

El partido

Como siempre, la vista del Estadio me recordó las veces que jugué ahí, con el equipo del cuarto año C del Liceo de Costa Rica, cuyo campeonato era organizado por don Eduardo Garnier, nuestro profesor de Educación Física. Como don Eduardo era administrador del Estadio, nos permitía efectuar allí algunos encuentros. El ambiente era alegre, aunque lleno de nervios y tensión. Las banderas, los cantos, las barras llenaban todo el espacio. Mientras los altoparlantes recitaban la alineación de Costa Rica, me vino a la mente la lista de los compañeros del equipo del cuarto año C, en aquel partido que jugamos frente al cuarto B. Rodrigo Castro Beeche, portero. Rodrigo Lloset y Fernando Solís, defensas. Línea media: Guillermo Esquivel, Guillermo de la Fuente y José Fabio Ovarés. Delanteros: Guillermo Avendaño, Alfredo Ruiz, Hugo Porter, Manuel Hidalgo y Mario Fonseca.

Cuando terminaron de dar la alineación, se oyó el murmullo de sorpresa del público, al no oírse el nombre de Evaristo Coronado. Hasta ese momento no se conoció un dato preocupante: Coronado, goleador estrella del equipo, había enfermado repentinamente la noche anterior. Marvin Rodríguez, el entrenador, se vio obligado a sustituirlo de última hora con Pastor Fernández, seleccionado que no había aún debutado con la Tricolor y que solamente jugaría este partido.

Los salvadoreños emplearían la táctica de visitantes: defensa reforzada y contragolpes. Nuestro equipo, obligado a la victoria, trabajaría para anotar el gol de la clasificación.

El gol

El juego avanzaba en medio de la tensión creciente. Corría el tiempo y, a pesar de estar dominando, los nuestros no lograban anotar. El portero contrario frustró muchos intentos de gol mientras crecía el nerviosismo de los aficionados. Se llegó así al minuto setenta y cuatro.

Tenía que marcar a *Chachalaca* Madriz, que fue jugador de La Libertad en Primera División. Perdíamos uno a cero por un penal que le cometí a *Colobo* Corrales. Me sentía tan mal que me fui adelante, como hacen ahora los carrileros. Ya cerca del borde del área contraria, evadí a un defensor, pasé la pelota al pie derecho y la envié con curva hacia el segundo poste. Entró por el puro ángulo. Sería el único gol que anotaría en el Estadio Nacional.

De repente, todos gritaron: “¡Gol! y rompió la mayor ovación que jamás se hubiera escuchado en el Estadio. Pastor Fernández acababa de anotar de cabeza en tiro libre cobrado por Leoni Flores. Estábamos en Italia 90.

A la memoria de mis diez compañeros del equipo del Cuarto C, que me esperan para jugar el desempate.

La demolición del Estadio

A mis nietos.

El Estadio Nacional será demolido para construir uno nuevo, más funcional. La noticia me trajo una mezcla de alegría, nostalgia y muchas reminiscencias. Hemos vivido ochenta y tres años juntos, desde antes de que me llevara a conocerlo mi tío Raúl Sequeira, cuando tenía yo nueve años.

Los recuerdos vienen a mi mente. Los partidos que viví, los goles que me han impresionado, tantas estrellas del fútbol cuyas actuaciones tuve la ocasión de admirar: Alejandro Morera, *Macho* Madrigal, Buroy, *Fello* Meza, Álvaro Murillo, *Catato* Cordero, Lionel Hernández, Gabelo Conejo y los centenares que sería imposible nombrar. Y, entre los extranjeros: Yashsin –la Araña Negra–, Alfredo Di Stéfano, Ferencz Puskas, Garrincha, Pelé y tantos otros...

Entre los innumerables juegos a los que asistí, puedo destacar aquel contra El Salvador para clasificar al Mundial de 1990. También el juego contra la Selección de México, cuando los derrotamos por primera vez, gracias al gol inolvidable de Carlos Vivó Gobán.

No olvido el encuentro del Saprissa contra el Real Madrid, con las anotaciones de Juan Ulloa y Marvin Rodríguez. Juegos excelente como el de Saprissa frente el Santos, de Pelé, y el de la selección de Argentina contra la de Brasil. O el triunfo de la selección de Costa Rica, por tres a cero, frente al Brasil.

También vi a la Liga Deportiva Alajuelense campeonizar con la actuación de tres jugadores atenienses, mis amigos y coterráneos Álvaro Rojas, su hermano Jorge Rojas (*Lalo*) y Luis Ángel Salas.

¿Cómo dejar de lado los goles de *Fello* Meza contra Estudiantes de la Plata, de Argentina? ¿O las seis anotaciones que hizo *Cuty* Monge en una misma noche de su inspirada carrera?

Hubo un gol que pocos recuerdan pero que a mí me impresionó mucho. Fue el anotado por *Felo* García ante el Sevilla, tras driblar a varios contrincantes y llegar a la portería rival con pelota dominada.

Magnífica actuación también la de Carlos Alvarado, portero de la Liga Deportiva Alajuelense, en aquel juego frente al Boca Juniors, sobre todo el gol que le robó a Busico a cobro de penal. Fue tan extraordinario su desempeño, que el presidente Otilio Ulate le entregó su propio reloj como trofeo.

Hubo también accidentes, como la caída de parte de la galería de sol durante un encuentro. Y también jugadas accidentales como la que protagonizaron *Manolo* Amador y el portero argentino Piva. Amador sufrió una fractura en la pierna, mientras Piva se revolcaba por todo el área a causa del dolor. Era el primer equipo argentino que veía jugar y como estaba muy chiquillo me impresionó mucho.

Y no solo de fútbol se puede hablar. Ahí hubo boxeo: Emilio Castrillo, el Campeón Caballero, noqueó a Kid Bururú, el gran favorito cubano en los primeros segundos de la pelea. Ahí finalizaba la Vuelta Ciclística a Costa Rica todos los años.

Los traspasos de gobierno se hacían en este lugar. La primera vez fue en 1949, cuando tomó posesión Otilio Ulate, tras la salida del gobierno provisional de la Junta presidida

por José Figueres, después de la Guerra Civil de 1948. Grandes personajes visitaron el Estadio, como Charles Lindbergh, el primer aviador que cruzó el Atlántico y el papa Juan Pablo II.

Ya se inició la demolición de la vieja estructura. Pronto las nuevas generaciones dispondrán de un lugar para disfrutar de espectáculos deportivos y culturales. Espero que mis queridos nietos las aprovechen como yo –por lo menos– 83 años.

NOTAS

- 1 Nicolás Orlich Zamora fue hijo de Francisco Orlich Ziz, comerciante, natural de Austria, y de Francisca Zamora Salazar, vecina de Tres Ríos. Había casado en Atenas el 21 de marzo de 1908 con Aurelia Jenkins Zamora, bautizada en Atenas el 14 de mayo de 1890 e hija de José Jenkins Rodríguez y de Mercedes Zamora Zúñiga. Ramón Villegas Palma. "John Jenkins y sus descendientes". *Revista Asoghei*. Año I, N.º 1 (marzo de 1996), 23. Murió en San José, el 28 de julio de 1926 y fue sepultado al día siguiente en San Ramón. Así consta en el parte ciento cuarenta y siete, del libro setenta y siete de fecha veintinueve de julio del mismo año.
- 2 De riestra: esta expresión es muy antigua, documentada desde el año 1300. Proviene del latín *restis*, "cuerda" y, en particular, "trenza que une una serie de ajos y cebollas". Actualmente, conserva este último significado en la palabra "ristra": "una ristra de ajos". Joan Corominas. *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Madrid: Gredos. 1967.
- 3 Cfr. Eugenio Rodríguez Vega. *Los días de don Ricardo Jiménez*. San José: Editorial Costa Rica. 1971. Pp. 128-130.
- 4 No se debe confundir con el llamado "Cardonazo", que fue la toma del mismo cuartel por el coronel Édgar Cardona Quirós en abril de 1949. La asonada contra la Junta de Gobierno, instalada tras la guerra civil de 1948 y presidida por José Figueres Ferrer, fue rápidamente sofocada.
- 5 La Guerra de Coto fue un conflicto bélico surgido entre Panamá y Costa Rica que ocurrió desde el 20 de febrero de 1921 hasta inicios de marzo de ese año. Amadeo Vargas fue el jefe del contingente que viajaba a bordo de la lancha La Estrella y que fue derrotado el 1 de marzo de 1921 por las tropas panameñas en la localidad de Pueblo Nuevo.
- 6 Julio César Ovaes, hijo mayor de Enrique Ovaes Ruiz y Josefina Arias Badilla, nació en Atenas, el 21 de marzo de 1894 y murió en San José, en 1966. Se graduó como médico cirujano en la Universidad de Bolonia, Italia. Ejerció en el Hospital San Juan de Dios por más de 40 años. Trabajó en otras instituciones del Estado como los sanatorios Durán y Las Mercedes. Pionero en la aplicación de los sistemas de medicina social, fue el primer director médico de la Caja Costarricense del Seguro Social.
- 7 Carlos Luis Rojas Ulloa, *Chime*, estrella del fútbol nacional, militó con la Liga Deportiva Alajuelense entre 1935 y 1950, con el España de México y con la Selección Nacional.